
Rafael Domínguez Martín ()*

*Caracterizando al campesinado y a
la economía campesina:
pluriactividad y dependencia del
mercado como nuevos atributos de
la «campesinidad»*

INTRODUCCION (1)

El presente artículo trata de realizar una convergencia teórica entre los enfoques de las distintas ciencias sociales con el propósito de construir una definición de campesinado y de economía campesina, que, a la vez, permita la aplicación de teorías económicas y sea de utilidad en los trabajos históricos. Para ello, se discuten los posibles términos sustitutivos, y se intenta aunar la visión del campesinado como modo de vida rural de tradición geográfico-antropológica y la de la economía campesina como forma de producción familiar de raíz sociológico-económica, en torno a seis atributos de la «campesinidad», donde a los ya clásicos —aunque dotados de perspectivas más enriquecedoras— del familismo, la cohesión colectiva, la diferenciación interna y la subordinación, se añaden de forma novedosa los de la pluriactividad y la dependencia del mercado.

(*) Universidad de Cantabria.

(1) El presente trabajo es una versión actualizada del apartado inicial de la primera parte de mi tesis doctoral *Campesinos y mercado. La economía campesina del norte de España, 1750-1880*, que defendí en septiembre de 1992 en la Universidad de Cantabria. Lo que a continuación sigue se puede completar en Domínguez (1992).

LOS SUCEDANEOS Y LAS ALTERNATIVAS AL CAMPELINADO Y A LA ECONOMIA CAMPESINA

Los problemas planteados por la búsqueda del difícil equilibrio entre lo general (teórico) y lo concreto (histórico) son particularmente aplicables a la definición de los conceptos campesinado y economía campesina. Obviamente, el propósito de definir implica una primera elección: la de los propios términos. En todas las lenguas europeas el vocablo campesino tiene una connotación peyorativa (Barral, 1966: 72-75; Dewey, 1974: 17), que ha favorecido el uso de supuestos sinónimos tales como agricultor, cultivador, labrador o granjero. El problema básico de estos sinécdoques es que identifican al campesino con una de las actividades que desempeña este agente social, en concreto, con la profesión contemporánea de agricultor como cultivador de la tierra (Galeski, 1977: 77 y ss.; Sevilla-Guzmán y Pérez Yruela, 1985: 86), cuya existencia separada suele coincidir con la desaparición del campesinado (Toledo, 1980: 40). Además, si el término cultivador es empleado en un sentido estricto por los antropólogos para designar a pueblos primitivos en proceso de transición hacia la cultura campesina (Fallers, 1967: 35) y alude sólo a una de las muchas facetas ocupacionales del campesino (Schendel, 1976: 17), el de labrador, aunque ha sido identificado con una visión idílica del mundo rural, tampoco se ha librado a lo largo de la historia —a la que se le ha confinado— de caracterizaciones negativas (Caro Baroja, 1977: 134-138). Finalmente, el término granjero tiene una connotación empresarial —*farmer*—, que algunos han intentado utilizar como rasgo diferenciador básico de los campesinos respecto a los empresarios agrarios (2), mientras que otros, por el contrario, han propuesto criterios menos amplios, como la utilización de mano de obra asalariada (Saul y Woods [1971] 1979: 93-94), el acceso a los factores de pro-

(2) Desde Weber ([1906] 1985: 35-136) la literatura sobre el propósito campesino de maximizar la supervivencia familiar frente al del granjero de maximizar beneficios se ha convertido en un tópico de los estudios campesinos, reforzado básicamente por la obra de Chayanov ([1925] 1979: 94).

ducción a través sólo del mercado (Friedmann, 1980: 170), o el uso de tecnologías capital-intensivas (Llambí, 1988: 370 y 1989: 749). Esta última consideración es lo que de manera más efectiva separa al granjero o empresario agrario —que también emplea mano de obra familiar, lo mismo que el campesino puede, a veces, utilizar ayudantes pagados— del campesino: la utilización por parte del campesino de una tecnología intensiva en trabajo y de «medios de producción naturales», tales como tierra, ganado y semillas (3). Ello se ha puesto en relación con la estrategia campesina de uso múltiple en su relación con el ecosistema (Toledo, 1980: 46), con la «ilusión de gratuidad» que tiene el trabajo familiar para el campesino (Barros, 1982: 128-129), con las imperfecciones de los mercados a los que el campesino concurre (Brandt, 1987: 718-720), pero también lo está con la última característica que diferencia a los empresarios agrarios de los campesinos: aquéllos pueden adoptar las últimas tecnologías capital intensivas porque tienen que satisfacer menos demandas externas a la explotación con su excedente, mientras que los campesinos se ven lastrados por el peso de la apropiación de sus excedentes por los no campesinos (Guillet, 1981: 4).

En los últimos años, por otra parte, ha habido numerosos intentos de invalidar teóricamente el concepto de campesinado como categoría analítica en las ciencias sociales (4). Se ha propuesto marginarlo al análisis del pasado (Moore, 1972: 156-158); se ha llegado a pedir la supresión del término porque su carácter culturalista no correspondía a una función social determinada (Leeds, 1977: 228-229); e incluso se han hecho circular nuevos conceptos que se pretenden alternati-

(3) Figes (1988: 122-123). El predominio de la tecnología intensiva en trabajo como una de las características diferenciales de la agricultura campesina ya fue señalada por Weber ([1906] 1985: 139). Para el aplastante peso de la tierra dentro de la inversión en capital total, vid. Mellor ([1966] 1970: 180). Un esquema más amplio sobre las diferencias entre agricultura campesina y empresarial, en Schejtman (1980: 126) y Barros (1982: 121 y ss.).

(4) Los ataques más duros han surgido del debate en torno al campesinado como clase y como modo de producción. Vid. Ennew, Hirst and Tribe (1976), Harrison (1977), Littlejohn (1977), Vilar (1979), Berstein (1979, 1982, 1988), Friedmann (1980), Chevalier (1983) y Seddon (1986); y con una posición más matizada Currie and Ray (1985) y Kasfir (1986).

vos, como pequeña producción de mercancías, producción simple de mercancías y producción familiar. Todas estas propuestas tienen en común su estructuralismo y se explican, en parte, como una reacción al idealismo desmedido de muchas definiciones del campesinado que se reclaman tributarias de los populistas o de los antropólogos culturales (5).

Es cierto que el campesinado no es un modo de producción, en tanto que sistema económico. En ese sentido, la tesis de Chayanov ([1924] 1986) reelaborada por Thorner ([1962] 1979; [1968] 1974) de que la «economía campesina» es «un sistema de producción», equiparable al esclavismo, el feudalismo o al capitalismo, no se sostiene, puesto que no cumple satisfactoriamente las funciones que caracterizan a un sistema económico: determinar qué bienes se producen y en qué cantidades relativas; determinar qué proporción de factores productivos se usará para producir los bienes; y determinar cómo la producción será distribuida entre los miembros de la sociedad (Le Clair, Jr., 1962: 1190-1192).

MODO DE VIDA Y FORMA DE PRODUCCION

Por el contrario, el campesinado puede definirse como un modo de vida, es decir «un complejo interactivo entre naturaleza, trabajo y sociedad» (6), característicamente rural. En ello insistieron los antropólogos desde finales de la década de los cuarenta y mucho más tarde empezaron a considerarlo los historiadores (Swierenga, 1982: 496). Así Fei (1946: 1-2) apunta que el campesinado es un «modo de vida, un complejo de organización formal, comportamiento individual y actitudes sociales, estrechamente unidos entre sí para el pro-

(5) La moda fue iniciada por Enew, Hirst and Tribe (1977), Kahn (1978) —aunque de forma muy matizada—, Friedmann (1978, 1980) y Berstein (1982), y ha dado origen a una amenazante proliferación de trabajos bastante desiguales. Vid. Chevalier (1983), Stauth (1984), Schiel (1984), Berstein (1986), C. A. Smith (1984, 1985, 1986), G. Smith (1985), Hill (1986) y Scott (1986a, 1986b).

(6) El concepto fue acuñado por Le Play en el siglo XIX y difundido con más éxito después por el geógrafo Vidal de la Blache (Sierra, 1990: 36 y n.). Para una discusión del mismo, vid. Dumont (1971: 104-113).

pósito de labrar la tierra con herramientas simples y trabajo humano», en unidades de producción familiares. Esta vinculación con la tierra es el elemento esencial de la conocida definición de Kroeber (1948: 284), que presenta a los campesinos como «definitivamente rurales, a pesar de vivir en relación con los mercados urbanos [...], sociedades parciales con culturas parciales [que] carecen del aislamiento, la autonomía política y la autosuficiencia de los grupos tribales; pero sus unidades locales conservan mucho de su vieja identidad, integración y apego a la tierra y a los cultivos». Y, en definitiva, es lo que lleva a Firth (1964: 18) a incluir entre los campesinos a la «otra población rural (*countrymen*), que comparte la vida social y valores de los cultivadores», por lo que se puede hablar «no sólo de campesinos agricultores, sino también de campesinos pescadores, campesinos artesanos y campesinos comerciantes», ya que muchas veces tales individuos «son cultivadores a tiempo parcial también» y están emparentados con los campesinos agricultores (7). Esto significa que la dimensión antropológica del campesinado como modo de vida rural, puede equipararse la de la economía campesina como forma de producción —«un proceso de trabajo, un estadio tecnológico general de desarrollo social» (8)—, recuperando su contenido de categoría analítica y la capacidad de dar coherencia a lo que Redfield (1956: 25) describió como «un tipo de ordenación de la humanidad en

(7) Firth (1969: 27). Sobre la definición de campesinado como modo de vida han insistido también Redfield (1956: 19), Wolf ([1966] 1971: 26 y 62), Willems (1970), Powell (1972) —que habla de «visión de la vida»—, Löfgren (1976: 108) y Roseberry (1976, 1985).

(8) Shanin (1979: 36). Esto, en parte, es lo que plantearon Marx y Engels ([1846] 1972: 19-20) al identificar «modo de vida» y «modo [en tanto que forma] de producción» y es lo que propuso Chayanov ([1925] 1979: 34) al señalar que «la unidad económica campesina, como forma organizativa» que basa su «esencia organizativa en el trabajo familiar», es concebible en distintos sistemas económicos nacionales (capitalismo, feudalismo y economías puramente naturales). Sobre el concepto forma de producción y su aplicación a la economía campesina, vid. Friedmann (1980), Durrenberger (1982: 119-120), C. A. Smith (1984, 1986) y el excelente resumen de Deere (1987: 17-29). Los términos «forma social de explotación» (Sevilla-Guzmán y González de Molina, 1990: 35), «sistema de producción agrícola» (Barros, 1982: 8), «modo campesino de producción» (Toledo, 1980: 39-40) y «modo de producción doméstico» (Mendels, 1978: 782-783) tienen una cierta equivalencia con el aquí propuesto, en tanto que comparten el sesgo tecnológico del concepto modo de producción.

todo el mundo, con una serie de puntos comunes», que denominaré genéricamente como «campesinidad».

El primero en ver la conexión entre modo de vida y forma de producción fue Firth (1964: 17) al definir la economía campesina como la «categoría socio-económica» que describe un sistema «de pequeños productores con una tecnología preindustrial relativamente simple. El sistema es rural, depende de una antinomia rural-urbana y de una interrelación basada particularmente en la existencia del mercado».

Ahora bien, aunque el campesinado comparta el mismo modo de vida y se organice bajo la misma forma de producción no es una clase social al margen de la historia (9), sino un grupo social con contradicciones internas que debe considerarse en términos de proceso (10). Por tanto, la diferenciación interna es un rasgo estructural del campesinado, que se puede compatibilizar con su definición como modo de vida, ya que «la gente a quien el análisis 'objetivo' revela su pertenencia a distintas clases sociales, incansablemente acaban reactivando su autoidentificación como 'campesino'» (Gledhill, 1985: 34). ¿Por qué? Pues, probablemente, porque, como dice Hobsbawm (1976: 14-15), en la medida en que los campesinos «tienen el mismo tipo de relación con los medios de producción y son conscientes de su posición subalterna respecto a los terratenientes, la ciudad y el Estado [...], la diferenciación dentro del campesinado es secundaria frente a las características comunes de todos los campesinos y su interés común contra otros grupos».

(9) «En la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen por su modo de vida, sus intereses y su cultura, de otras clases y las oponen a éstas de un modo hostil, aquéllas forman una clase. Por cuanto existe entre los campesinos parcelarios una articulación puramente local y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política no forman una clase» (Marx, [1869] 1977: 145). Hobsbawm (1976: 14-15) matiza este punto de vista originario a partir de la distinción entre clase-en-sí y clase-para-sí, mientras que Hilton (1978: 34) habla del «carácter específico del campesinado en cada época histórica». La posición de Marx sobre el campesinado como clase se puede ver también en Marx ([1850] 1979: 66-67).

(10) «El campesinado existe sólo como proceso» (Shanin, [1971] 1979: 13). El estudio del campesinado desde una perspectiva histórica, se debe a la escuela antropológica evolucionista de Steward. Un resumen de los postulados de esta escuela en contraposición con la de Redfield se puede consultar en Silverman (1975 y 1983).

A partir de estos planteamientos, los atributos comunes de la «campesinidad» se deducen fácilmente —familismo, cohesión colectiva, diferenciación interna, subordinación, pluriactividad y relación con el mercado. Lo que sigue es un intento de dotarlos de nuevos contenidos teóricos, para concluir en dos propuestas de definición del campesinado y de la economía campesina aplicables a un análisis histórico de afanes interdisciplinarios.

LOS ATRIBUTOS DE LA «CAMPELINIDAD»

Familismo

El hecho de que la familia sea «la organización más importante de la historia, en todas las sociedades humanas» (Becker, 1987: 11) no implica que la ideología familista sea universal. El familismo es «la subordinación de los fines del individuo a los de la familia» (Rogers, 1969: 122) y se muestra omnipresente en las economías campesinas. El familismo campesino implica que «el significado o valor de la existencia individual [...] se concibe en términos de descendencia», por lo que su propósito último «es continuar la línea familiar» (Fei, 1946: 2). La familia campesina cumple varias funciones interrelacionadas, que promueven fuertes lazos de solidaridad: la provisión de la cooperación mínima social necesaria para la supervivencia económica (Fei, 1946: 2), la reproducción (11) y la mitigación del riesgo (12). La familia, pues, constituye «la unidad básica de propiedad, producción, consumo, reproducción social, identidad, prestigio y sociabilidad» entre los campesinos (Shanin, 1988: 4).

(11) Aunque la reproducción de la vida humana y la reproducción de la sociedad están íntimamente relacionadas, dado que el trabajo es la base de la producción, conviene distinguir entre la reproducción primaria o simple (la reproducción de la fuerza de trabajo y de la vida humana, en general) y la reproducción secundaria, social o extendida (la reproducción del orden social y económico). Sobre esta diferencia, aplicada al contexto de las economías campesinas, vid. Evers, Claus and Wong (1983: 24) y Ellis (1988: 47-49).

(12) «La familia ha sido la fuente tradicional de la protección [«contra las consecuencias económicas de la incertidumbre»] a través de la historia» (Pollak, 1985: 585). Vid. además Galeski (1977: 108) y Rosenzweig (1988a: 245 y 1988b: 1167).

La fuerte cohesión que supone el familismo no implica un comportamiento perfectamente altruista de los miembros del hogar y, por tanto, la unidad económica campesina no puede analizarse como una unidad de propiedad, distribución y toma de decisiones indiferenciada. El supuesto del altruismo intrafamiliar ha llevado a la *new home economics* (13) —en fuerte contraste con su asunción del egoísmo en las relaciones con el mercado— a explicar la división del trabajo dentro del hogar, a partir de un modelo de ventaja comparativa en el que los miembros de la familia se especializan en aquellas tareas para las que son más eficientes en el propósito de maximizar el bienestar familiar (14). Esto tiende a racionalizar el hecho de que en las economías campesinas actuales o históricas las mujeres —que contribuyen al sustento familiar de manera absolutamente esencial (Buvonic and Mehra, 1992: 293)— trabajan más horas que los hombres, tienen menos libertad de movimiento y de disposición de los recursos familiares que los hombres y desempeñan tareas que éstos no tienen propensión cultural a realizar (Ellis, 1988: 185): es decir, su *status* social, político y sexual es inferior y subordinado (Shorter, 1976: 514-515). Tal situación de subordinación implica que no hay una perfecta sustituibilidad de la fuerza de trabajo dentro de la familia y que el esquema neoclásico debe dejar paso a otras consideraciones (Ellis, 1988: 174-178; MacCrate, 1988: 237). En este sentido, el concepto «división sexual del trabajo», acuñado en la economía política marxista para la sociedad industrial, parece una herramienta útil para explicar el papel subordinado de las mujeres en muchas sociedades donde predomina la economía campesina como forma de producción. Según dicho concepto, las mujeres están en inferioridad de condiciones por su especialización en el trabajo doméstico (Fine, 1984: 753) y en las actividades que se caracterizan por su compatibilidad con la repro-

(13) Y también a la escuela marxista de la elección racional, según Folbre (1986: 18) y Bardhan (1988: 42).

(14) Becker (1987: 41). Para una crítica de este enfoque vid. Pollak (1985: 598-603), Lifran (1988: 366-368), Ellis (1988: 176), MacCrate (1988: 236).

ducción y el cuidado de los niños, generalmente, relacionadas con la producción de valores de uso (Benería, 1979: 203 y 210), mientras que «los hombres llevan a cabo las actividades que requieren mayor esfuerzo muscular y libertad de movimiento» (Harris, 1990: 212-213), generalmente, relacionadas con la producción de valores de cambio (15). Sin embargo, la constatación de la amplia variedad de trabajos femeninos y la institucionalización de una disciplina feminista en las ciencias sociales (*Women Studies*) ha puesto en circulación el concepto de división del trabajo por género, que trata de sustituir el fuerte contenido biológico de la división sexual por otro más cultural y que debería ser complementado con la división generacional entre jóvenes y mayores, en virtud de la adquisición de una experiencia que refuerza la naturaleza patriarcal de las relaciones familiares (16).

El carácter familiar no altruista y patriarcal de la unidad económica campesina otorga a esta forma de producción una serie de características que la distinguen nítidamente, de la empresa capitalista: «absoluto compromiso hacia el uso de la fuerza de trabajo familiar, indivisibilidad de los ingresos, parcial orientación hacia el mercado del producto, incorporación a la producción de los miembros de la familia (tales como hijos, viejos y mujeres en las fases reproductivas de su

(15) Esta afirmación es corroborada por numerosos autores. Así, Meillasoux (1978: 139; 1977: 110-113) habla de la condición sobre-explotada de las mujeres debido a su función de productoras de productores. Bryceson and Vuorela (1984: 142 y 162) afirman que «la división sexual del trabajo nace del hecho de que las mujeres y no los hombres dan a luz». Por su parte, Burton, Bradner and White (1977), tras analizar la división sexual del trabajo en cincuenta sociedades primitivas, encuentran una alta correlación entre nutrición y cuidado de los niños y la tendencia de las mujeres a no trabajar a grandes distancias del hogar y de evitar tareas peligrosas, concentrándose principalmente en la agricultura familiar. Y, asimismo, Burton and White (1984: 573) comprueban sobre una amplia muestra de sociedades que la alimentación y el ordeño del ganado es desempeñado por las mujeres.

(16) Sobre el enfoque del género vid. Ellis (1988: 166-167), Izquierdo (1988: 60-65), García Ramón (1990) y Bock (1991: 59 y ss.). Sobre la división generacional, Meillasoux (1978: 137) señala que «la adquisición de conocimientos [en la economía campesina] lleva su tiempo y coincide, si no totalmente, al menos de forma bastante significativa, con la edad fisiológica, lo que refuerza la relación fundamental entre jóvenes y mayores. Por tanto, la posesión y adquisición de conocimiento redundará en una mayor autoridad de la gente más vieja sobre la más joven».

ciclo vital), con, eventualmente, coste de oportunidad cero en el mercado de trabajo; y un comportamiento hacia el riesgo dictado por objetivos de *safety-first*» (Janvry, 1988: 391).

Cohesión colectiva

El hecho de que las familias campesinas vivan en comunidades con «un fuerte sentido de la solidaridad de grupo» (Redfield, 1947: 297), permite desarrollar el concepto de cohesión colectiva, pero no por extensión del de familismo, sino como superación del mismo. La cohesión colectiva es el resultado de un proceso conflictivo, en la medida en que el familismo extremo genera disfunciones. Así, Banfield (1958: 10) habla del «familismo amoral» de la cultura campesina: una suerte de «incapacidad de los miembros de la comunidad para actuar conjuntamente para su bienestar común, o para algún fin que trascienda el interés inmediato material de la familia nuclear». Y Foster (1967b: 304-307) caracteriza la cultura campesina, entre otros aspectos, por «las dificultades para la cooperación», resultantes del modelo de comportamiento campesino que define como «la imagen del bien limitado». Se trata de un modelo de orientación cognitiva según el cual «las cosas deseadas en la vida, tales como tierra, riqueza, salud, amistad y amor, prestigio y honor, respeto y status, poder e influencia, seguridad y estabilidad, existen en cantidades finitas y se presentan siempre en cortas dosis [...], además, no hay ninguna vía dentro del poder campesino para aumentar las cantidades disponibles». De ello se sigue que «un individuo o una familia puede mejorar su posición a expensas de los otros. Por tanto, una mejora relativa en la posición de alguien con respecto a algún bien es visto como una amenaza para toda la comunidad. Alguien está siendo despojado, tanto si lo percibe como si no». En tal situación el campesino buscará «maximizar su seguridad, para preservar su posición relativa en el orden de las cosas», a través de «la máxima cooperación o el individualismo extremo» (Foster, 1967b: 310).

Aunque Foster considera que la segunda alternativa es la más común entre las sociedades campesinas, la evidencia histórica y antropológica indica que, por el contrario, la vía de la cooperación, de la «cohesión colectiva», es predominante, al menos entre los campesinos tradicionales, a los que se les otorga «un nivel mucho mayor de colectividad, formal o informal (y, sobre todo, localizada), que a la vez tiende a suprimir la diferenciación social permanente del campesinado y a facilitar, o *hasta imponer, la acción comunal*» (Hobsbawm, 1976: 8-9; el subrayado es mío). Esta acción comunal se concreta en la institución primaria que después de la familia vertebraba el modo de vida campesino: la comunidad (17).

Ishikawa (1975: 457-458) define la comunidad campesina como «un grupo territorial [...] en el cual las familias son mutuamente interdependientes en virtud de reglas consuetudinarias que gobiernan las obligaciones y privilegios de cada una de ellas, en todos los aspectos de la actividad económica con el propósito colectivo de asegurar el bienestar de las familias en su conjunto. Que las familias son el sujeto de las reglas consuetudinarias significa que el poder independiente de toma de decisiones de estas familias es transferido a la comunidad». Por su parte, Scott (1976: 5) señala que el propósito del comunismo dentro de la aldea es «asegurar un ingreso mínimo a sus habitantes»; y añade que sería «demasiado fácil y un serio error idelizar estos acuerdos sociales que distinguen a la sociedad campesina. Tales acuerdos no son radicalmente igualitarios. Antes bien, implican únicamente que todos tienen derecho a vivir de los recursos comunales y que ese nivel de vida se alcanza, a menudo, al coste de la pérdida de status y autonomía». Finalmente, Galeski (1977: 151) completa la definición de las funciones de la comunidad con el aspecto crucial del control social: «en última instancia, la comunidad aldeana funciona como una unidad de control social: como fuente de un sistema vinculante de normas y valores; como

(17) El término comunidad ha generado un debate paralelo al del campesinado, con algunos intentos de desconceptualización como el de Macfarlane (1977), un ejemplo paradigmático de la miseria y el reduccionismo teórico que afecta a muchos historiadores que acuden a la ayuda —ciertamente selectiva— de otras ciencias sociales.

grupo de referencia que define la posición del individuo y de la familia, y como un factor esencial en la asimilación de la generación joven» (18).

El principio comunitario puede aportar economías de escala tecnológicas, organizativas y financieras (Ishikawa 1975: 484-485), basadas en la propiedad y el cultivo comunales y el apoyo mutuo (19). De ahí, la preferencia de los campesinos que viven en el margen de subsistencia por este principio, mientras que entre los campesinos con excedentes tal preferencia depende de la extensión del mercado y de las ganancias comparadas (Ishikawa, 1975: 486-487). El predominio de una de estas preferencias sobre la otra puede dar lugar a dos tipos ideales de comunidad, que Wolf (1955: 462) denominó «comunidades cerradas-corporativas» y «comunidades abiertas». «La comunidad-corporativa campesina está compuesta primariamente por una subcultura, el campesinado. La comunidad abierta comprende un número de subculturas de las cuales el campesinado es solamente una, aunque el segmento funcional más importante. La comunidad corporativa enfatiza la resistencia a las influencias de fuera, las cuales podrían amenazar su integridad. La comunidad abierta, por su parte, enfatiza la relación continua con el mundo exterior y relaciona su fortuna con las demandas exteriores. La comunidad corporativa ve con malos ojos la acumulación individual y la ostentación de riqueza y se esfuerza por reducir los efectos de tal acumulación en la estructura comunal. Ella se resiste a la redefinición de las relaciones sociales; defiende el equilibrio tradicional. La comunidad abierta-final permite y espera la acumulación y el alarde de la riqueza durante los períodos de crecimiento de

(18) En su crítica a Scott, Popkin (1980: 413) plantea que «las comunidades campesinas son mejor comprendidas como corporaciones que como comunas y los patronos [...] como monopolistas que como paternalistas». Y Georgescu-Roegen (1969: 82) no olvida constatar la existencia de una «aristocracia de la tierra y del ganado» dentro de las comunidades campesinas.

(19) «La propiedad colectiva constituye en todas partes el segundo complemento de la economía parcelaria» (Marx, [1890] 1976: III-3, 255); «el disfrute de las tierras comunales era una de las condiciones fundamentales para la existencia de estos pequeños campesinos» (Engels, [1894] 1974: 9). Sobre la ayuda mutua *vid.*, la amplia muestra de evidencias que recoge en su obra clásica Kropotkin ([1922] 1978: 238-254) para la Europa campesina.

la demanda exterior y otorga a esta nueva riqueza mucha más influencia en la reestructuración periódica de las relaciones sociales» (20).

Diferenciación interna

Se ha escrito que «los campesinos en ninguna parte forman una masa homogénea, sino que siempre y en todo lugar se les tipifica por la diferenciación interna en muy diversas líneas [...], de la misma forma que en algunas sociedades igualitarias en que algunos son más «iguales» que otros, hay muchas sociedades campesinas donde algunos campesinos son más ‘campesinos’ que otros» (Mintz, 1973: 93-94). O dicho de otra manera, «la utilización de la generalización como concepto no implica de ninguna manera homogeneidad de los campesinos» (Shanin, 1979: 17).

La diferenciación fundamental de los campesinos se basa tanto en la disponibilidad de tierra con que satisfacer las necesidades de consumo familiares y la reproducción social, como en el tipo de relaciones con el mercado que tales condiciones conllevan. De esta manera, se puede distinguir entre campesinos sin apenas tierra y que dependen del mercado como compradores de productos y vendedores de fuerza de trabajo; campesinos con tierra insuficiente que tienen que vender productos y fuerza de trabajo y demandan productos, tierra en distintas formas de tenencia y crédito para poder cubrir sus necesidades de consumo y hacer frente a la reproducción social; y campesinos con tierra suficiente que siempre venden productos, eventualmente demandan fuerza de trabajo y pueden llegar a ofertar tierra y capital (21).

(20) En un artículo posterior este autor (Wolf, 1967: 241) considera que la comunidad campesina corporativa-cerrada, con su tendencia a restringir la pertenencia a dichas comunidades a los nacidos en ellas y su prevención contra la acumulación de riqueza, intenta reducir las amenazas que surgen de dentro (crecimiento demográfico) y evitar cambios en la distribución de la tierra escasa.

(21) Esta clasificación está inspirada en Nakajima (1969: 165), Powell (1972: 97-98), Roseberry (1976: 52), Hilton ([1978] 1988: 55), Vilar (1979: 366), Bardhan (1984: 167-168), Adnan (1985: 54-55) y Forster (1988: 827) y permite soslayar el debate sobre si los jornaleros deben considerarse campesinos.

La diferenciación interna del campesinado puede contemplarse desde tres dimensiones —demográficas, espaciales y económico-sociales—, que, presentadas como teorías alternativas, son susceptibles de complementarse (22). La teoría más conocida es la que afirma la «diferenciación social» del campesinado, como resultado de la penetración del capitalismo en las áreas rurales. Esta hipótesis fue formulada por Marx, a partir de la observación del caso de Inglaterra y de la constatación de la necesidad de la expropiación legalizada o por vía de endeudamiento de la población rural (23) de sus medios de producción, durante —y para— el desarrollo del capitalismo (24), y fue ampliada con muchos matices por Kautsky ([1899] 1978: 128 y ss.) y mecánicamente por Lenin ([1907] 173-184 y 327-334). Una de las implicaciones recientes de esta dimensión considera que el mercado —y determinadas reformas agrarias tendentes a la descolectivización y a favorecer los mecanismos de mercado— crean incertidumbres adicionales a las que ya soportan las familias campesinas y básicamente erosionan los mecanismos de reducción de riesgo de la comunidad (Carter, 1987: 577), de ahí que la cohesión colectiva esté inversamente relacionada —y directamente, la diferenciación— con el grado de mercantilización de la economía (Scott, 1976: 57-61). Otra implicación es que al estar directamente correlacionada la aceptación del riesgo inherente a un comportamiento innovador con el nivel de ingreso, la penetración del mercado facilita la desigual distribución de la riqueza en la economía campesina, porque el sector del campesinado de menor renta no se arriesgará o lo hará en menor medida —y no recibirá las pre-

(22) En ese sentido, los intentos de verificar cada una de las teorías solamente reflejan el tipo de condiciones prevaletentes en las sociedades analizadas, de ahí que, por ejemplo, Cook and Binford (1986) encuentran apoyos para la tesis de Lenin sobre la diferenciación social, mientras que Hunt (1979) y Chibnik (1984, 1987) ven confirmada la de Chayanov sobre la diferenciación demográfica, pero con distintos añadidos que la matizan.

(23) Un reciente desarrollo sobre las implicaciones del endeudamiento en la generación de la estructura agraria de clases puede verse en Eswaran and Kotwal (1989, 1990).

(24) Marx ([1890] 1976: I-3, 201 y ss.; III-2, 354-355; III-3, 6 y ss. y 254 y ss.). También sobre Francia apunta el crecimiento del proletariado agrícola ante «el proceso de expropiación de la parcela que cultivaba, proceso cada vez más acelerado en virtud del desarrollo de la agricultura moderna y la competencia de la producción agrícola capitalista» (Marx [1871] 1968: 105-106).

visibles ganancias— que el de renta alta, ensanchándose la distancia entre ambos (Weeks, 1970: 29-30).

Sin embargo, desde la misma perspectiva teórica se ha propuesto que la diferenciación es un rasgo estructural del campesinado antes y después del capitalismo y, por tanto, inherente al sistema comunitario, dadas las limitaciones de éste como mecanismo asegurador y su función predominante de control social (Popkin, 1980: 451). Esta constatación se relaciona con la segunda de las dimensiones de la diferenciación: la espacial. Smith (1975), retomando las ideas de Von Thünen y Christaller propone como causa de la estratificación campesina las relaciones de intercambio y las estructuras espaciales asociadas con ellas, concretadas en el tipo de sistemas de comercialización (*marketing systems*). Así, la autora encuentra que en las sociedades campesinas «el control de los sistemas de distribución es la manera más efectiva de combinar el dominio político y el económico. Para quien controla los sistemas de distribución e intercambio, no es necesario controlar los medios de producción» (119). En definitiva, «muchas de las diferencias entre las economías campesinas modernas pueden ser explicadas por la variación en el tipo de mercado que compromete a los campesinos, más que en el grado de compromiso de los campesinos con el mercado» (Smith, 1977: 117-118).

Ahora bien, las amenazas a la estabilidad del modo de vida campesino no provienen sólo del exterior, sino también del interior de la economía campesina. La dimensión demográfica asegura en su variante macro —que sorprendentemente fue desarrollada por Marx ([1850] 1979: 114-116)— que el crecimiento de la población campesina conduce a la diferenciación interna, dada la limitación física del factor tierra y la división por herencias, porque lleva a los campesinos a endeudarse (25). Pero desde una perspectiva micro, se llega

(25) «En la misma medida en que aumenta la población, y con ella la división del suelo, se encarece el instrumento de producción, la tierra, y disminuye su fertilidad [porque “la aplicación de maquinaria al cultivo, la división del trabajo, los grandes medios para mejorar la tierra, tales como canales de drenaje y de riego, etc. se hacen cada vez más imposibles, a la par que los gastos de cultivo aumentan en la misma medida que aumenta la división del instrumento de producción”] y en la misma medida decae la agricultura y se

a la conclusión opuesta: cuanto mayor es el tamaño de la familia campesina mayor es el tamaño de la explotación. Esta idea fue defendida por Chayanov ([1925] 1979: 66) con su hipótesis de la «diferenciación demográfica»: «la causa principal de las diferencias en el tamaño de la unidad de explotación es el proceso demográfico de crecimiento de la familia que se va produciendo con el aumento de la edad de ésta y no los factores sociales que hacen que las unidades económicas campesinas se conviertan en capitalistas o proletarias». Aunque Chayanov no rechaza la diferenciación social (66) o económica (291), provocada por el contacto con el mercado (295), afirma que «no hay duda, sin embargo, de que las causas demográficas tienen a su cargo el principal papel» (295). El alcance de esta teoría está, no obstante, restringido a los supuestos bastante estrechos del modelo donde no hay mercado de trabajo y el acceso a la tierra es flexible (26), por lo que puede ser reintegrada en un marco más amplio —todavía por construir— que incluya las dimensiones macrodemográficas, espaciales y económicas (27).

Subordinación

Que los «campesinos miran cuanto pueden por sí mismos y sus necesidades, pero están estrechamente relacionados con instituciones más amplias» (Roberts, 1990: 358) es ya un tópico en los estudios campesinos. Esta idea sirvió a los antropólogos para diferenciar a los campesinos de los pueblos primitivos. Según Kroeber (1948: 284), los campesinos

carga de deudas el campesino. Y lo que era efecto, se convierte, a su vez, en causa. Cada generación deja a la otra más endeudada» hasta «caer en las garras de la usura» (Marx [1850] 1979: 114-115). Sobre lo mismo vid, Hilton ([1978] 1988: 52) y Wade (1978: 23).

(26) Para una crítica en este sentido vid. las revisiones efectuadas por Patnaik (1979), Harrison (1981), Wiber (1985) y Kochanowicz (1989).

(27) El propio Chayanov ([1925] 1985: 65) señaló «que en ningún momento particular la familia es el único determinante del tamaño de la unidad particular de explotación». Intentos de construir un modelo más omnicompreensivo sobre la diferenciación a partir de las aportaciones de otros aspectos no sólo demográficos se pueden ver en Hilton ([1978] 1988), Shanin (1983: 97 y ss.), Kessinger (1975), Banaji (1976), Wade (1978), Durrenberger y Tannenbaum (1979) y Hunt (1979). Confirmaciones sobre la correlación entre tamaño de la familia y tamaño de la explotación en Patnaik (1979: 380).

«constituyen sociedades parciales con culturas parciales» y «carecen del aislamiento, la autonomía política y la autosuficiencia de los grupos tribales». Redfield (1967: 26) se refiere a los campesinos como la «expresión local» o «pequeña tradición» de la «gran tradición» civilizadora. Para este clásico de la sociología rural, el campesinado sólo se separa de la «*folk society*» —un modelo ideal de sociedad autosuficiente y en la que no hay lugar para la ganancia comercial— como «clase especial de cultura rural» allí donde se desarrollan las ciudades (28). Y, por su parte, Wolf ([1966] 1971: 21-22) plantea como referente de la existencia del campesinado al Estado: «sólo cuando el productor es integrado en una sociedad con Estado puede hablarse propiamente de campesinado». Resumiendo, las familias y comunidades campesinas, «por definición, viven en un estado y están conectadas a las áreas urbanas» (Thorner, [1962] 1979: 186).

Esta primera constatación de que «el campesino forma parte de un universo más amplio» (Roseberry, 1989: 109) es inmediatamente seguida por la de que «los campesinos de todos los tiempos y lugares son inferiores estructuralmente» (29), o dicho de otra manera, «eternos subordinados» (Myint, 1969: 103). Los campesinos comparten tanto un reducido nivel de ingreso (30) como un «escaso control sobre las condiciones que gobiernan sus vidas. Ocupando un muy bajo nivel económico en los estados de los que forman parte, encuentran que las decisiones básicas que les afectan se toman desde fuera de sus comunidades [...], no son solamente pobres [...],

(28) Redfield (1947: 305-306). En lo mismo insiste Abel (1986: 21) en su análisis del surgimiento de la producción para el mercado entre los campesinos europeos en la Edad Media.

(29) «Entre los campesinados tradicionales, su inferioridad es estructurada legalmente y reforzada por la dependencia de la tenencia de la tierra. Durante la primera modernización, su inferioridad usualmente es *de facto*, no *de jure*, y se concreta en muy bajos ingresos, poca alfabetización y educación, y una más débil participación política (y económica) comparada con los no campesinos» (Dalton, 1972: 406).

(30) «El nivel de capitalización de los campesinos es bajo. En su conjunto, los campesinos son pobres y su nivel de ingreso bajo; su pobreza es uno de los factores primarios en crear tan desfavorables condiciones para el ahorro y la formación de capital» (Firth, 1964: 20); «su nivel de vida es considerablemente inferior al de las demás clases en las sociedades civilizadas» (Elías, 1987: 476).

sino relativamente carentes de poder» (31). La causa básica de estos dos fenómenos es, según Wolf ([1966] 1971: 12-20), la transferencia del excedente «al grupo dominante de gobernantes», a partir de una relación de suma cero («la pérdida del campesino es la ganancia del poderoso»), lo que «denota una relación estructural asimétrica entre productores de excedente y dirigentes»: los campesinos se distinguen de los cultivadores primitivos no sólo porque producen un «fondo de reemplazo» («la cifra para reemplazar su equipo mínimo de producción y consumo») y un «fondo ceremonial» («fondo destinado a las relaciones sociales rodeadas de un ceremonial»), sino porque producen un «fondo de renta» («una carga pagada como resultado de una situación de inferioridad»).

Los mecanismos principales de extracción del excedente (32) se pueden clasificar, siguiendo a Deere y Janvry (1979: 607-609), en tres grupos: los que operan a través de la obligatoriedad de satisfacción de rentas (en trabajo, especie o dinero), los que operan vía mercados (bajos salarios en el mercado de trabajo, términos de intercambio desfavorables en el de bienes, y usura en el de dinero) y los que operan a través del Estado (impuestos). Por tanto, los campesinos pueden ser sometidos a la explotación y, de hecho, se les ha definido como grupos explotados (33). Pero el problema es qué se entiende por explotación. Para muchos antropólogos, explotación es una situación de relativa inferioridad en un intercambio (34). Dalton (1974: 556-557) desafió esta tesis señalando que

(31) Foster (1967a: 8). En la misma línea, Díaz (1967: 56) señala que «los campesinos viven en un universo social en el que están económica y políticamente en desventaja. No tienen ni suficiente capital ni poder para presionar a la sociedad urbana»; mientras que Gledhill (1985: 35) acentúa más el aspecto político: «ser un 'campesino' es quizá, sobre todo, ser políticamente dominado».

(32) Sobre los dos significados de este concepto y el debate en torno a su existencia entre substantivistas y materialistas vid., respectivamente, Harding (1984) y Ellis (1988: 53), y Harris (1982: 260-262).

(33) Marx ([1850] 1979: 116) señaló que «individualmente, los capitalistas explotan a los campesinos por medio de la hipoteca y de la usura» y en tanto que clase lo hacen por medio de los impuestos del Estado. Y Engels (cit. en Archetti, 1978: 8) afirmó que «los campesinos existen socialmente para ser explotados».

(34) Fei (1946: 7-8) constata que los campesinos «mantienen la vida de una minoría pagando impuestos, rentas e intereses» a cambio de protección política de la *gentry*: «los campesinos son la clase explotada [...] y la *gentry* la clase explotadora».

debía distinguirse entre subordinación y explotación y que sólo podía hablarse de este último concepto cuando la transferencia del excedente es forzosa y sin contraprestación: por ejemplo, aunque los campesinos medievales eran inferiores legal, política, social y económicamente, su relación con los señores y el mercado se basaba en un intercambio de bienes y servicios y, por tanto, no eran un grupo explotado (Dalton, 1972: 390-391). Como es obvio, la explotación deja entonces de existir en las relaciones sociales al identificarla, en último término, con el robo (35). Esto encubre la naturaleza fundamentalmente desigual del intercambio en mercados que suelen tener un carácter interrelacionado (36) y en los que el campesino aparece como «subordinado al comerciante a través de las relaciones crediticias que han eliminado la capacidad de aquél de elegir el momento, lugar e intermediario de la comercialización», de tal manera que «comprar y vender expresan relaciones de poder y *status* entre los actores» (Harriss, 1988: 207). Y lo que es más importante, también encubre el carácter coactivo de las relaciones sociales que el campesino padece, porque «sin el poder [de coacción] para hacer respetar los títulos de propiedad», el excedente apropiado en calidad de renta «rara vez se pagaría» (37).

Pluriactividad

Las primeras definiciones de campesinado tanto de los antropólogos como del debate sobre «el problema agrario» tendían a

(35) Lo cual está en consonancia con la posición sustantivista de Dalton en la negación del excedente. Para seguir el debate vid. Dow (1973), Newcomer and Rubenstein (1975), Dalton (1975), Dunn (1976), Dalton (1976), Roseberry (1976), Newcomer (1977), Derman and Levy (1977), Dalton (1977), Martínez Alier (1979) y Harris (1982: 263-265; 1990: 211 y 372-373).

(36) Para un estado de la cuestión sobre el problema de los mercados y las transacciones entrelazadas en las economías campesinas, vid. Domínguez (1992: 101-102) y la reciente aportación de Bhaduri (1991).

(37) Harris (1990: 211). He eludido utilizar la definición de explotación que realiza Roemer, dado que su clasificación del campesinado es demasiado esquemática. Para una crítica-resumen de los postulados de este autor vid. Houston (1989). Más interesante es la definición de «poder económico» de Nell (1984: 67) como la «capacidad para obtener ventajas económicas de la negociación en un mercado», a través del «soborno» o «poder económico positivo» («capacidad de actuar en un mercado de forma que se pueda influenciar algún resultado de forma favorable») y la «extorsión» o «poder económico negativo» («capacidad de esperar, mantenerse, y con ello obligar al mercado

agrarizar la economía campesina (Cook, 1984: 14-15). En todo caso, algunos trabajos clásicos ya habían señalado la polivalencia de las actividades de las unidades familiares campesinas. Fei (1946: 6) apuntó en su estudio sobre el campesinado chino que las principales industrias del país eran «ocupaciones campesinas». Firth (1964: 18) incluyó entre los campesinos a aquellos habitantes rurales «que comparten la vida social y los valores de los cultivadores [...], campesinos pescadores, campesinos artesanos y campesinos comerciantes», que «a menudo son de hecho cultivadores a tiempo parcial también». Y el propio Wolf (1967: 238) se refirió a «los ingresos obtenidos en el empleo a tiempo parcial y de las ventas ocasionales a bajo precio de productos agrícolas y manufacturas caseras».

La aplastante evidencia histórica y presente sobre las manufacturas rurales y las actividades a tiempo parcial ha llevado a incorporar este rasgo de la pluriactividad como central en la definición de campesinado. Así, Roseberry (1983: 77-78; 1989: 123) habla de la necesidad de esta polivalencia de actividades para preservar el modo de vida campesino (38), mientras que otros enfocan la pluriactividad como una forma de «adaptación» de dicho modo a las nuevas exigencias del crecimiento económico moderno (39).

En este sentido, resulta de sumo interés el concepto de «campesinado-trabajador», propuesto ya por Franklin (1969: 48) con un sentido muy restringido, pero que, dada su «ubicuidad» (Hann, 1988: 116), ha sido dotado recientemente de un *status* teórico, en la medida en que es posible relacionar la literatura histórica de la industria rural con la realidad de los campesinos

a que se llegue a unos determinados términos»). Esto enlaza con el cambio de posición por parte de North (1984: 152) respecto al carácter contractual de las relaciones de producción en el feudalismo, quien ahora reconoce que «la clase de guerreros ejercía una función análoga a la Mafia en la extracción de rentas a los campesinos». Es obvio que el campesino se confronta, generalmente, con una situación de poder económico negativo, y que en ella es tan importante el control por parte de las élites de los medios de producción físicos (Badhuri, 1987: 110-111), como simbólicos (Scott, 1985: 39).

(38) Otras dimensiones de la pluriactividad se pueden ver en la relación de este fenómeno con la diferenciación interna del campesinado (Lehmann, 1980: 11-12), con la estrategia multiuso en el intercambio de los campesinos con la naturaleza (Toledo, 1980: 40-41) o con la aversión al riesgo (Miracle, 1968: 304-305).

(39) Lofgren (1976: 100-108), Clark (1979: 180-181), Darroch (1981: 273), Holmes (1983: 735), Quataert (1985: 150, 158), Holmes and Quataert (1986: 213).

del Tercer Mundo (Cook y Binford, 1986: 7-15). En esta línea, Holmes (1983: 741 y 746) afirma que el «fenómeno del campesino-trabajador» no debe restringirse al contexto de la agricultura a tiempo parcial que empezó a proliferar a partir de la década de 1950 en Europa, pues estaba ampliamente difundido desde el siglo XVI: se trataría, pues, de una «categoría socioeconómica relativamente estable». Más explícitamente, Holmes y Quataert (1986: 192 y 213) subrayan la «continuidad» del campesinado-trabajador desde la protoindustria a la era de la agricultura a tiempo parcial posterior a la II Guerra Mundial, y, siguiendo la terminología mendelsiana, afirman que «la adaptación protoindustrial es parte de un fenómeno laboral más amplio —el campesinado-trabajador—, que es característico no solamente de la primera fase de la industria, sino de la penetración continua de las relaciones fabriles en la vida rural».

¿Cuáles son los determinantes de la pluriactividad? Chayanov ([1925] 1979: 44), cuyo modelo de unidad económica familiar campesina empleaba «parte de su fuerza de trabajo en oficios rurales no agrícolas», considera que la pluriactividad es función de tres variables: la insuficiencia de la tierra para un tamaño familiar y unas necesidades de consumo determinadas (40); la estacionalidad propia del trabajo agrícola (41); y, lo más importante, el volumen de ingresos obtenidos en comparación con la actividad agrícola (42).

(40) «Cuando la tierra es insuficiente [...] la mano de obra de la familia que explota la unidad, al no encontrar empleo en la explotación, se vuelca en actividades artesanales, comerciales y en otras actividades no agrícolas para alcanzar el equilibrio económico con las necesidades de la familia, que no resultan cubiertas con el ingreso de la unidad o con las ganancias provenientes de las actividades artesanales y comerciales» (Chayanov [1925] 1979: 101; vid también 109-110 y Fei, 1946: 6).

(41) «El desarrollo de las actividades artesanales y comerciales depende del hecho de que la distribución en el tiempo de trabajo agrícola es muy irregular y durante estaciones enteras, como el invierno, la inactividad es total. En este período la fuerza de trabajo campesina queda libre y con muy poca intensidad y, por lo tanto, con muy pocas fatigas» (Chayanov [1925] 1979: 118). A este respecto el concepto de «desequilibrio estructural» propuesto por Ishikawa (1975: 476-477) resulta iluminador. Según este autor, en las sociedades campesinas donde las familias que viven en el margen de la subsistencia son mayoría, el desequilibrio estructural es definido por el subempleo o desempleo de una parte de la fuerza de trabajo y sólo puede ser resuelto si la dotación de tierra y capital se incrementa o si se abren nuevas oportunidades de empleo fuera del sector agrario.

(42) «En numerosas situaciones no es una falta de medios de producción lo que origina ganancias provenientes de las artesanías y comercio, sino una situación de mer-

La última cuestión relacionada con la pluriactividad es la movilidad geográfica. En efecto, el campesino no sólo experimenta la movilidad social, sino que el desempeño de múltiples actividades suele ir acompañado por desplazamientos más o menos temporales. Estas migraciones son contempladas como un mecanismo de seguridad generado por el propio sistema comunitario (43), como una «estrategia adaptativa» (Wood, 1981: 340) o «discontinua» (Holmes, 1983: 737-739) para adaptarse al crecimiento económico moderno con sus cambios estructurales y prevenir la proletarianización, y, también, a la vez, como «un instrumento de preservación y de explotación de la economía agrícola doméstica» (Meillas-soux, 1977: 156).

Dependencia del mercado

«Pocos campesinos en el mundo moderno no son tocados por la mercantilización y por el mecanismo de precios que determina el valor de sus productos, trabajo, tierra y capital. Los campesinos en el pasado fueron afectados también por sus relaciones con los mercados» (Hodges, 1988: 125). Durante algún tiempo prevaleció, en cambio, la imagen del campesino autárquico tanto para la Europa preindustrial (Forster, 1988: 826), como para los países subdesarrollados

cado más favorable para este tipo de trabajo, en el sentido de la remuneración que brinda a la fuerza de trabajo campesina, comparada con la de la agricultura [...]. En este caso, la familia campesina actúa con su fuerza de trabajo exactamente igual que un capitalista que distribuye su capital para que le proporcione el ingreso neto más elevado». «En otras palabras, podemos asegurar teóricamente que la división del trabajo en la agricultura campesina entre agricultura y actividades artesanales y comercio se lleva a cabo por comparación con la situación de mercado en estas dos ramas de la economía nacional. Y como la relación entre estas dos situaciones de mercado es inconstante, también lo es la relación entre el consumo de fuerza de trabajo en artesanías y comercio y en la agricultura» (Chayanov, [1925] 1979: 118-121).

(43) Foster (1967b: 315) considera que es el único medio no amenazante de enriquecimiento en el modelo del bien limitado. Georgescu-Roegen (1969: 71) cree que la emigración «ayudó a las comunidades a preservar su tamaño óptimo con respecto a la tecnología y las condiciones de cada localidad». Y Shanin (1976: 55) señala una tercera dimensión: «el carácter selectivo de la emigración rural separa de la comunidad campesina a sus miembros más ricos y más pobres, restándole al mismo tiempo sus miembros más agresivos y proclives al cambio».

(Stern, 1988: 824). Marx ([1869] 1977: 144-145) llegó a dar una visión cercana a ésta del campesinado francés en el siglo XIX: «Cada familia campesina se basta, sobre poco más o menos, a sí misma, produce directamente ella misma la mayor parte de lo que consume, y obtiene así sus medios de subsistencia más bien en intercambio con la naturaleza que en contacto con la sociedad» (44). En el trabajo pionero de Fei (1946: 6) se puede leer: «los campesinos viven la mayor parte del tiempo en una economía de autosuficiencia. El volumen de lo que compran y venden es pequeño». Y todavía recientemente se ha intentado buscar apoyos a esta tesis del campesino autárquico. El de mayor éxito se debe a Hyden (1980), para quien la visión del campesinado como grupo social subordinado está mediatizada por la experiencia europea, porque, en Africa, donde la tierra es más abundante que el trabajo y la producción «continúa guiada por la ley de la subsistencia en vez de por la ley del valor» (Hyden, 1980: 14; 1986: 685), el campesinado es un «modo de producción» que tiene una «relativa autonomía» del Estado y del mercado (Hyden, 1980: 12 y ss.; 1986: 678-680) (45).

Ahora bien, para que los campesinos fueran estructuralmente independientes deberían ser capaces de asegurar su reproducción sin relacionarse con el mercado. Pero ni siquiera los campesinos africanos de Hyden pueden: todos necesitan comprar productos de consumo y algunos *inputs* en el mercado y vender parte de su producción para conseguir liquidez para sus gastos de consumo e inversión y para el pago de impuestos o determinadas extorsiones; y una parte de estos campesinos necesitan vender su fuerza de trabajo para asegurar su subsistencia (Kasfir, 1986: 345-350). Es cierto que el campesino tiene «una *relativa independencia* de otros pro-

(44) En la misma línea describe «al pequeño campesino continental» contraponiéndolo al empresario agrícola británico (Marx, [1890] 1976: II-1, 144).

(45) De hecho, todo el argumento de Hyden (1980: 9) se basa en la falacia definitoria del campesino (africano) como clase social independiente, puesto que donde los campesinos han sido «capturados» por otras clases sociales (en el resto del mundo) se convierten en grupos terminales. Sobre el debate en torno al campesinado africano vid. también Hyden (1986), Kasfir (1986) y Cliffe (1987).

ductores y del mercado» y en tiempos de crisis puede retirarse parcialmente del mercado hacia el cultivo de subsistencia (Shanin [1966] 1979: 216; Wolf [1966] 1971: 237). Sin embargo, «ninguna economía campesina puede ser considerada como pura economía de subsistencia» (46): su vinculación con el mercado es absolutamente ineludible. Primero, porque «los campesinos no pueden reproducirse a largo plazo —tanto para la producción como para el consumo— sin el recurso al mercado» y su «subordinación a otras clases y al estado convierte en una burla su supuesta autosuficiencia» (Kasfir, 1986: 355 y 339). Y segundo, porque en la medida en que los campesinos históricamente han demostrado «una buena comprensión de una economía en la que el intercambio mercantil desempeñaba un papel esencial» (Schiel, 1984: 115), han participado en el mercado voluntariamente cuando esto presentaba ventajas.

La imposibilidad de la autosuficiencia fue notada en los estudios campesinos clásicos. En tal sentido, Skinner (1967: 63) señala que «las estructuras de comercialización [...] son características de las civilizaciones conocidas como «campesinado» [...] y proporcionan uno de los principales modos de integración de las miríadas de comunidades campesinas en el único sistema social que es la sociedad total». Por ello, «el universo mental del campesino no es la aldea sino el área de comercialización determinada por los mercados periódicos» (85). También Foster (1967b: 303n.) indica esta vinculación de los campesinos al mercado: «las clásicas comunidades campesinas han crecido en una relación simbiótica espacio-temporal con los componentes más complejos de la sociedad, es decir, el mercado preindustrial y la ciudad administrativa». Y Wolf (1983: 54) alude, finalmente, a la relación del campesino no sólo con los lugares de mercado y el mercado de bienes, sino con el mercado como sistema institucional para la asignación de los recursos y los

(46) Thorner (1969: 96). Según Schiel (1984: 409), «la economía campesina nunca estuvo basada en explotaciones campesinas autárquicas. La unidad económica familiar campesina fue siempre dependiente de recursos externos e *inputs*, que dieron a la empresa campesina su componente comercial».

mercados de factores: el campesino «opera, fundamentalmente, en el contexto de un mercado», y esto le afecta «cuando compra, vende o hipoteca tierra; cuando demanda empleo industrial; y —desde luego— cuando vende sus productos».

Además, por su carácter transicional entre la pura autarquía de las economías primitivas y la capitalista, las economías campesinas están abocadas a la relación con el mercado. Dalton (1964: 379) señala que la economía campesina, se diferencia de las economías primitivas («economías de subsistencia»), en que «la mayor parte de la gente ha pasado a depender de la producción para la venta como fuente primaria de sus medios de sustento [...], la producción comercial se ha convertido en más importante que la producción para la subsistencia. En las economías campesinas, apreciables cantidades de trabajo y tierra tanto como de productos son compradas y vendidas; los precios en dinero y los ingresos monetarios son familiares» (47). Esta dimensión transicional de la economía campesina tienen la ventaja heurística de centrar la atención sobre el «cambio y adaptación» (Ellis, 1988: 5) y, dado que los resultados de la participación en el mercado son ambivalentes (Vries, 1982: 251) y dependen de las peculiaridades del modo de vida campesino que limitan su capacidad para participar libremente en el mercado (Wolf, [1966] 1971: 62-64), se puede establecer que «las relaciones de los campesinos con el mercado contienen una continua tensión entre las arriesgadas ventajas de la participación en el mercado y la preservación de las bases para la supervivencia» (48).

(47) Vid. también Dalton (1972: 392) y sobre el carácter «híbrido» de este tipo de economía en tanto que categoría socioeconómica Dalton (1969: 74-75). Por su parte, Cook (1966: 324) señala que la economía campesina es un concepto transicional, que nace para escapar de la rígida dicotomía entre economías primitivas y de mercado. Y, finalmente, Semenov (1974: 209) alude a que en las sociedades campesinas las relaciones monetarias y comerciales desempeñan un importante papel.

(48) Ellis (1988: 6). En tal sentido, enfrentar el enfoque de la economía política con el de la economía moral como hace Popkin (1979: 3 y ss.; 1980) es un tanto artificial. Y, en cambio, la visión de Thorner ([1962] 1979: 186) de que la orientación doble de la economía campesina es la más común cobra de nuevo sentido.

CONCLUSION

Dotados de contenidos más amplios —familismo y cohesión colectiva como fenómenos conflictuales; diferenciación interna, no sólo social, sino también demográfica y por motivos espaciales; subordinación en la perspectiva de las relaciones con el mercado—, los atributos tradicionales de la «campesinidad» y los nuevos que aquí se han planteado —pluriactividad y dependencia del mercado— pueden articularse lógicamente, una vez descartados los sucedáneos y las alternativas conceptuales, en dos definiciones que constituyen la conclusión teórica de este trabajo. En tal sentido, se propone definir al *campesinado* como grupo social, caracterizado por su modo de vida rural, organizado familiar y comunalmente, estratificado internamente, pero subordinado en su conjunto a poderes externos al grupo y a las fuerzas del mercado, y que obtiene sus medios de subsistencia de la producción agropecuaria y de otras actividades desempeñadas por la unidad familiar de rentas mixtas, a partir de una estrategia multiuso en su relación con el ecosistema, que tiene como correlato la pluriactividad en su relación con el medio económico. Coherentemente con ello, la economía campesina sería aquella forma de producción basada, fundamentalmente, en la mano de obra familiar, organizada en pequeñas explotaciones agropecuarias de tecnología intensiva en trabajo, que usan medios de producción naturales, y que precisan en diversos grados del recurso a los bienes comunales, a las actividades complementarias y al mercado para asegurar su reproducción económica.

BIBLIOGRAFIA

- ABEL, W. (1986): *La agricultura: sus crisis y coyunturas. Una historia de la agricultura y de la economía alimentaria en Europa Central desde la Edad Media*. México.
- ADNAN, S. (1985): «Classical and Contemporary Approaches to Agrarian Capitalism», *Economic and Political Weekly*, 20 (30), pp. 53-64.

- ARCHETTI, E. P. (1978): «Una visión general de los estudios sobre el campesinado», *Estudios Rurales Latinoamericanos*, 1 (1), pp. 7-31.
- BANAJI, J. (1976): «Chayanov, Kautsky, Lenin: Considerations towards a Synthesis», *Economic and Political Weekly*, 11 (40), pp. 1594-1607.
- BANFIELD, E. C. (1958): *The Moral Basis of a Backward Society*. New York.
- BARDHAN, P. K. (1984): *Land, Labour, and Rural Poverty. Essays in Development Economics*. New York.
- (1988): «Alternative approaches to the development economics», en M. Chenery y T. R. Srinivasan eds., *Handbook of Development Economics*. Amsterdam, I, pp. 39-71.
- BARRAL, P. (1966): «Note historique sur l'emploi du terme 'payssan'», *Etudes Rurales*, 21, pp. 72-80.
- BARROS, H. DE (1982): *Os grandes sistemas de organização da economia agrícola*. Lisboa.
- BECKER, G. S. (1987): *Tratado sobre la familia*. Madrid.
- BENERÍA, L. (1979): «Reproduction, production and the sexual division of labour», *Cambridge Journal of Economics*, 3, pp. 203-225.
- BERSTEIN, H. (1979): «Concepts for the Analysis of Contemporary Peasantries», *Journal of Peasant Studies*, 6 (4), pp. 421-444.
- (1982): «Notes on capital and peasantry», en J. Harriss ed., *Rural Development. Theories of Peasant Economy and Agrarian Change*. London, pp. 160-177.
- (1986): «Capitalism and Petty Commodity Production», *Social Analysis*, 20, pp. 11-28.
- (1988): «Of Virtuous Peasants?», en T. Shanin ed. (1988), pp. 449-451.
- BHADURI, A. (1987): *La estructura económica de la agricultura atrasada*. México.
- (1991): «Economic power and productive efficiency in traditional agriculture», en B. Gustafsson ed., *Power and Economic Institutions. Reinterpretations in Economic History*. Aldershot, pp. 53-68.
- BLAUT, J. M.; HARING, K.; O'KEEFE, P. y WISNER, B. (1977): «Theses on Peasantry», *Antipode*, 9 (3), pp. 125-127.
- BOCK, G. (1991): «La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional», *Historia Social*, 9, pp. 55-77.
- BOTTOMORE, T. dir. (1984): *Diccionario del pensamiento marxista*. Barcelona.

- BRANDT, L. (1987): «Farm Household Behaviour, Factor Markets, and the Distributive Consequences of Commercialization in Early Twentieth-Century China». *Journal of Economic History*, 47 (3), pp. 711-737.
- BRYCESON, D. F. y VUORELA, U. (1984): «Outside the Domestic Labor Debate: Towards a Theory of Modes of Human Reproduction», *Review of Radical Political Economy*, 16 (2/3), pp. 137-166.
- BURTON, M. L., BRUDNER, L. A. y WHITE, D. R. (1977): «A Model of the Sexual Division of Labor», *American Ethnologist*, 4 (2), pp. 227-251.
- BURTON, M. L. y WHITE, D. R. (1984): «Sexual Division of Labour in Agriculture», *American Anthropologist*, 86 (3), pp. 568-583.
- BUVONIC, M. y MEHRA, R. (1990): «Women and Agricultural Development», en C. K. Eicher y J. M. Staatz, eds., *Agricultural Development in the Third World*. Baltimore-London, pp. 290-308.
- CARO BAROJA, J. (1977): «Caracterizaciones del labrador», *Agricultura y Sociedad*, 2, pp. 131-181.
- CARTER, M. R. (1987): «Risk sharing and incentives in decollectivization of agriculture», *Oxford Economic Papers*, 39 (4), pp. 577-595.
- CLARK, C. (1979): «Household Economy, Market Exchange and the Rise of Capitalism in the Connecticut Valley, 1800-1860», *Journal of Social History*, 13 (2), pp. 169-189.
- CLIFFE, L. (1987): «The Debate of African Peasants», *Development and Change*, 18 (4), pp. 625-635.
- COOK, S. (1966): «The Obsolete «Anti-Market» Mentality: A Critique of the Substantive Approach to Economic Anthropology», *American Anthropologist*, 68 (2), pp. 323-346.
- (1984): «Peasant Economy, Rural Industry and Capitalist Development in the Oaxaca Valley, México», *Journal of Peasant Studies*, 12 (1), pp. 340.
- and BINFORD, L. (1986): «Petty Commodity Production, Capital Accumulation, and Peasant Differentiation: Lenin vs. Chayanov in Rural Mexico», *Review of Radical Political Economics*, 18 (4), pp. 1-31.
- CURRIE, K. and RAY, L. (1985): «Class formation within the peasantry: recent theoretical developments in the analysis of the peasantry with specific reference to the East African debate», *Sociology*, 19 (4), pp. 573-585.
- CHAYANOV, A. V. ([1924] 1986): «On the Theory of Non-Capitalist Systems», en D. Thorner, B. Kerblay and R. E. F. Smith, eds., *A. V. Chayanov on the Theory of Peasant Economy*. Manchester, pp. 1-28.

- ([1925] 1979): *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires.
- CHEVALIER, J. M. (1983): «There is Nothing Simple about Simple Commodity Production», *Journal of Peasant Studies*, 10 (4), pp. 153-186.
- CHIBNIK, M. (1984): «A Cross-Cultural Examination of Chayanov Theory», *Current Anthropology*, 25 (3), pp. 335-340.
- (1987): «The economic effects of household demography: a cross-cultural assesment of Chayanov theory», en M. D. Maclachan ed., *Households Economies and their Transformations*. London, pp. 74-106.
- DALTON, G. (1964): «The development of subsistence and peasant economies in Africa», *International Social Science Journal*, 16 (3), pp. 378-389.
- (1969): «Theoretical Issues in Economic Anthropology», *Current Anthropology*, 10 (1), pp. 63-80.
- (1972): «Peasantries in Anthropology and History», *Current Anthropology*, 12 (3/4), pp. 385-407.
- (1974): «How Exactly Are Peasants 'Exploited'?», *American Anthropologist*, 76 (3), pp. 553-561.
- (1975): «Putting a Cat Among the Red Herrings: A Reply to Newcomer and Rubenstein», *American Anthropologist*, 77 (2), pp. 338-341.
- (1976): «Exploitation of Peasants: A Reply to Dunn», *American Anthropologist*, 78 (3), pp. 643-645.
- (1977): «Further Remarks on Exploitation: A Reply to Newcomer and to Derman and Levin», *American Anthropologist*, 79 (1), pp. 125-134.
- DARROCH, A. G. (1981): «Migrants in the Nineteenth Century: Fugitives or Families in Motion?», *Journal of Family History*, 6, pp. 257-277.
- DEERE, C. D. (1987): «The Peasantry in Political Economy: Trends of the 1980's», *Program in Latin American Studies, Occasional Papers Series*, 19. Amherst.
- y JANVRY, A. DE (1979): «A Conceptual Framework for the Empirical Analysis of Peasants», *American Journal of Agricultural Economics*, 61 (4), pp. 601-611.
- DERMAN, W. y LEVIN, M. (1977): «Peasants, Propaganda, Economics, and Exploitation: A Reponse to Dalton», *American Anthropologist*, 77 (1), pp. 119-125.

- DEWEY, C. J. (1974): «The rehabilitation of the peasant proprietor in nineteenth-century economic thought», *History of Political Economy*, 6 (1), pp. 17-47.
- DÍAZ, M. N. (1967): «Introduction: Economic Relations in Peasant Society», en G. M. Potter, M. N. Díaz y G. M. Foster, eds. (1967), pp. 50-56.
- DOMÍNGUEZ, R. (1992): «Campesinos, mercado y adaptación. Una propuesta de síntesis desde una perspectiva interdisciplinar», *Noticario de Historia Agraria*, 3, pp. 91-130.
- DOW, J. (1973): «Models of Middlemen: Some Issues Concerning the Economic Exploitation of Modern Peasants», *Human Organization*, 32, pp. 397-406.
- DUMONT, F. (1971): *La dialéctica del objeto económico*. Barcelona.
- DUNN, S. P. (1976): «On the Exploitation of Peasants: A Response to Dalton», *American Anthropologist*, 78 (3), pp. 639-643.
- DURRENBERGER, E. P. (1982): «Chayanov and Marx», *Peasant Studies*, 9 (2), pp. 119-129.
- y TANNENBAUM, N. (1979): «Una reconsideració de Chayanov i dels seus crítics recents», *Estudis d'Història Agrària*, 3, pp. 7-21.
- EATWELL, J.; MILGATE, M. y NEWMAN, P., eds. (1988): *The New Palgrave. A Dictionary of Economics*. London, 4 vols.
- ELÍAS, N. (1987): *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México.
- ELLIS, F. (1988): *Peasant Economics. Farm households and agrarian development*. Cambridge.
- ENGELS, F. ([1894] 1974): *El problema campesino en Francia y Alemania*. Moscú.
- ENNEW, J.; HIRST, P. and TRIBE, K. (1976): «'Peasantry' as an Economic Category», *Journal of Peasant Studies*, 4 (3), pp. 295-322.
- ESWARAN, M. and KOTWAL, A. (1989): «Credit and Agrarian Class Structure», en P. K. Bardhan, ed., *The Economic Theory of Agrarian Institutions*. New York, pp. 166-184.
- (1990): «Implications of credit constraints for risk behaviour in Less Developed Economies», *Oxford Economic Papers*, 42 (3), pp. 473-482.
- EVERS, H. D.; CLAUSS, W. and WONG, D. (1984): «Subsistence Reproduction. A Framework for Analysis», en J. Smith, I. Wallerstein y H. D. Evers, eds. (1984), pp. 23-36.

- FALLERS, L. A. (1967): «Are African Cultivators to Be Called 'Peasants'?», en G. M. Potter, M. N. Díaz y G. M. Foster, eds. (1967), pp. 35-40.
- FEI, H. T. (1946): «Peasantry and Gentry: An Interpretation of Chinese Social Structure and its Changes», *American Journal of Sociology*, 52 (1), pp. 1-17.
- FIGES, O. (1988): «V. P. Danilov on the Analytical Distinction between Peasants and Farmers», en T. Shanin, ed. (1988), pp. 121-124.
- FINE, B. (1984): «Trabajo doméstico», en T. Bottomore dir. (1984), pp. 753-756.
- FIRTH, R. (1964): «Capital, Saving and Credit in Peasant Societies: A Viewpoint from Economic Anthropology», en R. Firth y B. S. Yamey eds., *Capital, Saving and Credit in Peasant Societies. Studies from Africa, Oceania, the Caribbean and Middle America*. London, pp. 15-34.
- (1969): «Social Structure and Peasant Economy: The Influence of Social Structure Upon Peasant Economies», en C. R. Wharton, Jr., ed. (1969), pp. 23-37.
- FOLBRE, N. (1986): «Cleaning House. New Perspectives on Households and Economic Development», *Journal of Development Economics*, 22 (1), pp. 540.
- FORSTER, R. (1988): «Peasants», en J. Eatwell, M. Milgate y P. Newman eds. (1988), III, pp. 826-829.
- FOSTER, G. M. (1967a): «Introduction: What Is a Peasant», en G. M. Potter, M. N. Díaz y G. M. Foster, eds. (1967), pp. 2-14.
- (1967b): «Peasant Society and the Image of Limited Good», en G. M. Potter, M. N. Díaz y G. M. Foster, eds. (1967), pp. 300-323.
- FRANKLIN, S. H. (1969): *European Peasantry: The Final Phase*. London
- FRIEDMANN, H. (1978): «World Market, State, and Family Farm: Social Bases of Household Production in the Era of Wage Labour», *Comparative Studies in Society and History*, 20 (4), pp. 545-586.
- (1980): «Household Production and the National Economy: Concepts for the Analysis of Agrarian Formations», *Journal of Peasants Studies*, 7 (2), pp. 158-184.
- GALESKI, B. (1977): *Sociología del campesinado*. Barcelona.
- GARCÍA RAMÓN, M. D. (1990): «La división sexual del trabajo y el enfoque de género en el estudio de la agricultura de los países desarrollados», *Agricultura y Sociedad*, 55, pp. 251-277.

- GEORGESCU-ROEGEN, N. (1969): «The Institutional Aspects of Peasant Communities: An Analytical View», en C. R. Wharton, Jr., ed. (1969), pp. 61-93.
- GLEDHILL, J. (1985): «The Peasantry in History. Some Notes of Latin American Research», *Critique of Anthropology*, 5 (1), pp. 33-56.
- GUILLET, D. (1981): «Surplus Extraction, Risk Management and Economic Change Among Peruvian Peasants», *Journal of Development Studies*, 18 (1), pp. 3-24.
- HALPERIN, R. y DOW, J. eds. (1977): *Peasant Livelihood. Studies in Economic Anthropology and Cultural Ecology*. New York.
- HANN, C. (1988): «Worker-Peasants in the Three Worlds», en T. Shanin, ed. (1988), pp. 114-119.
- HARDING, N. (1984): «Explotación», en T. Bottomore dir. (1984), pp. 307-309.
- HARRIS, M. (1982): *El materialismo cultural*. Madrid.
- (1990): *Antropología cultural*. Madrid.
- HARRISON, M. (1977): «The Peasant Mode of Production in the Work of A.V. Chayanov», *Journal of Peasant Studies*, 4 (4), pp. 323-336.
- HARRISS, B. (1988): «Merchants and Markets of Grain in South Asia», en T. Shanin ed. (1988), pp. 205-220.
- HILTON, R. (1978): «El campesinado como clase», *Estudis d'Història Agrària*, 1, pp. 27-37.
- ([1978] 1988): «Razones de la desigualdad entre los campesinos medievales», en *Idem*, ed., *Conflicto de clases y crisis del feudalismo*. Barcelona, pp. 51-70.
- HILL, P. (1986): *Development Economics on Trial. The Anthropological Case for a Prosecution*. Cambridge.
- HOBBSBAWM, E. J. (1976): *Los campesinos y la política*. Barcelona.
- HODGES, R. (1988): *Primitive and Peasant Markets*. Oxford.
- HOLMES, D. R. (1983): «A Peasant-Worker Model in a Northern Italian Context», *American Ethnologist*, 10 (4), pp. 734-748.
- y QUATAERT, J. H. (1986): «An Approach to Modern Labor. Worker Peasantries in Historic Saxony and the Friuli Region over Three Centuries», *Comparative Studies in Society and History*, 28 (2), pp. 191-216.
- HOUSTON, D. B. (1989): «Roemer on Exploitation and Class», *Review of Radical Political Economics*, 21 (1+2), pp. 175-187.

- HUNT, D. (1979): «Chayanov's Model of Peasant Household Resource Allocation», *Journal of Peasant Studies*, 6 (3), pp. 247-285.
- HYDEN, G. (1980): *Beyond Ujamaa in Tanzania. Underdevelopment and an Uncaptured Peasantry*. Berkeley.
- (1986): «The Anomaly of the African Peasant», *Development and Change*, 17 (4), pp. 667-705.
- ISHIKAWA, S. (1975): «Peasant Families and the Agrarian Community in the Process of Economic Development», en L. G. Reynolds, ed., *Agriculture Development Theory*. New Haven, pp. 451-496.
- IZQUIERDO, M. J. (1988): «¿Son las mujeres objeto de estudio para las ciencias sociales?», «*Papers*»: *Revista de Sociología*, 30, pp. 51-66.
- JANVRY, A. DE (1988): «Peasants, Capitalism and the State in Latin America Culture», en T. Shanin, ed. (1988), pp. 391-404.
- KAHN, J. (1978): «Marxist Anthropology and Peasant Economics: A Study of the Social Structures of Underdevelopment», en J. Clammer ed., *The New Economic Anthropology*. London, pp. 110-137.
- KASFIR, N. (1986): «Are African Peasants Self-Sufficient? A Review of Goran Hyden», *Development and Change*, 17 (2), pp. 335-357.
- KAUTSKY, K. ([1899] 1979): «La cuestión agraria», en M. Etxezarreta, ed., *La evolución del campesinado. La agricultura en el desarrollo capitalista*. Madrid, pp. 101-148.
- KESSINGER, T. G. (1975): «The Peasant Farm in North India, 1848-1968», *Explorations in Economic History*, 12, pp. 303-331.
- KOCHANOWICZ, J. (1989): «La teoría de Chayanov y el punto de vista polaco respecto a la economía campesina», *Areas*, 11, pp. 106-122.
- KROEBER, A. L. (1948): *Anthropology*. New York.
- KROPOTKIN, P. ([1922] 1978): *El apoyo mutuo. Un factor de la evolución*. Bilbao.
- LE CLAIR Jr., E. E. (1962): «Economic Theory and Economic Anthropology», *American Anthropologist*, 64 (6), pp. 1179-2003.
- LEEDS, A. (1977): «Mythos and Pathos: Some Unpleasantnesses of Peasantries» en R. Halperin y J. Dow, eds. (1977), pp. 228-252.
- LEHMANN, D. (1980): «Ni Chayanov ni Lenin: Apuntes sobre la teoría de la economía campesina», *Estudios Rurales Latinoamericanos*, 3 (1), pp. 5-24.
- LENIN, V. I. ([1899] 1974): *El desarrollo del capitalismo en Rusia. El proceso de la formación del mercado interior para la gran industria*. Moscú.

- LIFRAN, R. (1988): «Anthropologie économique du patrimoine», *Etudes Rurales*, 110/112, pp. 359-376.
- LITTLEJOHN, G. (1977): «Peasant Economy and Society», en B. Hidness, ed., *Sociological Theories of the Economy*. London, pp. 118-156.
- LÖFGREN, O. (1976): «Peasant Ecotypes. Problems in the Comparative Study of Ecological Adaptation», *Ethnologia Scandinavica*, 1976, pp. 100-115.
- LLAMBÍ, L. (1988): «The Small Modern Farmers: Neither Peasants nor Fully-Fledged Capitalists?», *Journal of Peasant Studies*, 15 (3), pp. 350-372.
- (1989): «Emergence of Capitalized Family Farms in Latin America», *Comparative Studies in Society and History*, 31 (4), pp. 745-774.
- MACCRATE, E. (1988): «Gender Difference: The Role of Endogenous Preferences and Collective Action», *American Economic Review*, 78 (2), pp. 235-239.
- MACFARLANE, A. (1977): «History, anthropology and the study of communities», *Social History*, 2 (5), pp. 631-652.
- MARTÍNEZ ALIER, J. (1979): «Renda de la terra, explotació i excedente», *Estudis d'Història Agrària*, 2, pp. 38-63.
- MARX, K. ([1850] 1979): *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Moscú.
- ([1869] 1977): *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Madrid.
- ([1871] 1968): *La guerra civil en Francia*. Barcelona.
- ([1890] 1976): *El capital. Crítica de la economía política*. Madrid, 8 vols.
- y ENGELS, F. ([1846] 1972): *La ideología alemana*. Barcelona-Montevideo.
- MEILLASSOUX, C. (1977): *Mujeres, graneros y capitales. Economía doméstica y capitalismo*. Madrid.
- (1978): ««The Economy» in the Agricultural Self-Sustaining Societies: A Preliminary Analysis», en D. Seddon, ed., *Relations of Production. Marxist Approaches to Economic Anthropology*. London, pp. 127-157.
- MELLOR, J. W. ([1966] 1970): *Economía del desarrollo agrícola*. México.
- MENCHER, J. P., ed. (1983): *Social Anthropology of Peasantry*. Bombai.
- MENDELS, F. F. (1978): «La composition du ménage paysan en France

- au XIXe siècle: une analyse économique du mode de production domestique», *Annales E.S.C.*, 30, pp. 780-802.
- MINTZ, S. W. (1973): «A Note on the Definition of Peasantries», *Journal of Peasant Studies*, 1 (1), pp. 91-106.
- MIRACLE, M. P. (1968): «Subsistence Agriculture: Analytical Problems and Alternative Concepts», *Journal of Agricultural Economics*, 50 (2), pp. 291-310.
- MOORE, M. (1972): «On Not Defining Peasants», *Peasant Studies Newsletter*, 1 (4), pp. 156-158.
- MYINT, H. (1969): «The Peasant Economies of Today's Underdeveloped Areas», en C. R. Wharton, Jr., ed. (1969), pp. 99-104.
- NAKAJIMA, C. (1969): «Subsistence and Commercial Family Farms: Some Theoretical Models of Subjective Equilibrium», en C. W. Wharton, Jr., ed. (1969), pp. 165-185.
- NELL, E. J. (1984): *Historia y teoría económica*. Barcelona.
- NEWCOMER, P. J. (1977): «Toward a Scientific Treatment of 'Exploitation': A Critique of Dalton», *American Anthropologist*, 79 (1), pp. 115-119.
- and RUBINSTEIN, H. (1975): «Peasant Exploitation: A Reply to Dalton», *American Anthropologist*, 77 (2), pp. 337-338.
- NORTH, D. C. (1984): *Estructura y cambio en la historia económica*. Madrid.
- PATNAIK, U. (1979): «Neo-populism and Marxism. The Chayanovian View of Agrarian Question and His Fundamental Fallacy», *Journal of Peasant Studies*, 6 (2), pp. 375-420.
- POLLAK, R. A. (1985): «A Transaction Cost Approach to Families and Households», *Journal of Economic Literature*, 23 (3), pp. 581-608.
- POPKIN, S. (1979): *The Rational Peasant. The Political Economy of Rural Society in Vietnam*. Berkeley.
- (1980): «The Rational Peasant. The Political Economy of Peasant Society», *Theory and Society*, 9, pp. 411-471.
- POTTER, G. M.; DÍAZ, M. N. y FOSTER, G. M. eds., (1967): *Peasant Society. A Reader*. Boston.
- POWELL, J. D. (1972): «On Defining Peasants and Peasant Society», *Peasant Studies Newsletter*, 1 (3), pp. 94-99.
- QUATAERT, J. H. (1985): «Combining Agrarian and Industrial Livelihood: Rural Households in the Saxon Oberlausitz in the Nineteenth Century», *Journal of Family History*, 10 (2), pp. 145-162.

- REDFIELD, R. (1947): «The Folk Society», *American Journal of Sociology*, 52 (4), pp. 293-308.
- (1956): *Peasant Society and Culture*. Chicago.
- (1967): «The Social Organization of Tradition», en J. M. Potter, N. M. Díaz, y G. Foster, eds. (1967), pp. 25-34.
- ROBERTS, B. R. (1990): «Peasants and Proletarians», *Annual Review of Sociology*, 16, pp. 353-377.
- ROGERS, E. V. (1969): «Motivations, Values, and Attitudes of Subsistence Farmers: Toward a Subculture of Peasantry», en C. R. Wharton, Jr., ed. (1969), pp. 111-135.
- ROSEBERRY, W. (1976): «Rent, Differentiation, and the Development of Capitalism among Peasants», *American Anthropologist*, 78 (1), pp. 45-58.
- (1983): «From Peasants Studies to Proletarianization Studies», *Studies in Comparative International Development*, 18 (1/2), pp. 69-89.
- (1985): «Something about peasants, history and capitalism», *Critique of Anthropology*, 5 (3), pp. 69-76.
- (1989): «Peasants and the World», en S. Plattner ed., *Economic Anthropology*. Stanford, pp. 108-126.
- ROSENZWEIG, M. R. (1988a): «Risk, Private Information and the Family», *American Economic Review*, 78 (2), pp. 245-250.
- (1988b): «Risk, implicit contracts and the family in rural areas of low-income contries», *Economic Journal*, 98 (393), pp. 1148-1170.
- SAUL, J. S. y WOODS, R. ([1971] 1979): «Los campesinos africanos», en T. Shanin, ed. (1979), pp. 92-102.
- SCOTT, A. M. (1986a): «Introduction: why rethink petty commodity production», *Social Analysis*, 20, pp. 3-10.
- (1986b): «Towards a rethinking petty commodity production», *Social Analysis*, 20, pp. 93-105.
- SCOTT, J. (1985): *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*. Wesford.
- SCOTT, S. (1976): *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*. New Haven.
- SCHEJTMAN, A. (1980): «The Peasant Economy: Internal Logic, Articulation and Persistence», *CEPAL Review*, 11, pp. 115-134.
- SCHIEL, T. (1984): «Development and underdevelopment of household-based production in Europe», en J. Smith, I. Wallerstein y H. D. Evers, eds. (1984), pp. 101-130.

- SCHNEDEL, W. van (1976): «Peasants as Cultivators? Problems of Definition», *Peasant Studies*, 5, pp. 16-17.
- SEDDON, D. (1986): «Commentary on Agrarian Relations in the Middle East. A «New Paradigm» for Analysis?», *Current Sociology*, 34 (2), pp. 151-172.
- SEMENOV, Y I. (1974): «Theoretical problems of economic anthropology», *Philosophical Social Science*, 4 (1), pp. 201-231.
- SEVILLA-GUZMÁN, E. y GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (1990): «Ecosociología: algunos elementos teóricos para el análisis de la coevolución social y ecológica en la agricultura», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 52, pp. 7-45.
- SEVILLA-GUZMÁN, E. y PÉREZ YRUELA, M. (1985): «Agricultura familiar y campesinado: discusión sobre su conceptualización en las sociedades desarrolladas» en M. Rodríguez Zúñiga y R. Soria coords., *Lecturas sobre Agricultura Familiar*. Madrid, pp. 75-104.
- SHANIN, T. ([1966] 1979): «El campesinado como factor político», en T. Shanin ed. (1979), pp. 214-236.
- (1976): *Naturaleza y lógica de la economía campesina*. Barcelona.
- (1979): «Definiendo al campesinado: Conceptualizaciones y desconceptualizaciones. Pasado y presente en un debate marxista», *Agricultura y Sociedad*, 11, pp. 9-52.
- ed. (1979): *Campesinos y sociedades campesinas*. México.
- (1983): *La clase incómoda. Sociología política del campesinado en una sociedad en desarrollo (Rusia 1910-1925)*. Madrid.
- (1988): «Introduction: Peasantry as a Concept», en *Idem*, ed. (1988), 1-11.
- ed. (1988): *Peasants and Peasant Societies. Selected Readings*. London.
- SHORTER, E. (1976): «Women's Work: What Difference Did Capitalism Make?», *Theory and Society*, 3, pp. 513-527.
- SIERRA, J. (1990): «Introducción: la obra social de Le Play», en *Idem*, ed., *Campesinos y pescadores del norte de España*. Madrid, pp. 11-55.
- SILVERMAN, S. (1975): «The Peasant Concept in Anthropology», *Journal of Peasant Studies*, 7 (1), pp. 49-69.
- (1983): «The Concept of Peasant and the Concept of Culture», en J. P. Mencher, ed. (1983), pp. 7-31.
- SKINNER, G. W. (1967): «Marketing and Social Structure in Rural China», en G. M. Potter, M. N. Díaz y G. M. Foster, eds. (1967), pp. 63-98

- SMITH, C. A. (1975): «Examining stratification systems through peasant marketing arrangements: an application of some models from economic geography», *Man*, 10 (1), pp. 95-122.
- (1977): «How Marketing Systems Affect Economic Opportunity in Agrarian Societies», en R. Halperin y J. Dow, eds. (1977), pp. 117-146.
- (1984): «Forms of Production in Practice: Fresh Approaches to Simple Commodity Production», *Journal of Peasant Studies*, 11 (4), pp. 201-221.
- (1985): «Anthropology and History. Look at peasants and capitalism», *Critique of Anthropology*, 5 (2), pp. 87-94.
- (1986): «Reconstructing the elements of petty commodity production», *Social Analysis*, 20, pp. 29-44.
- SMITH, G. (1985): «Reflections on the Social Relations of Simple Commodity Production», *Journal of Peasant Studies*, 13 (1), pp. 99-108.
- SMITH, J.; WALLERSTEIN, I. y EVERS, H. D., eds. (1984): *Households and World Economy*. Beverly Hills.
- STAUTH, G. (1984): «Households, modes of living, and production systems», en J. Smith, I. Wallerstein y H. D. Evers, eds. (1984), pp. 90-100.
- STERN, N. H. (1988): «Peasant economy», en J. Eatwell, M. Milgate y P. Newman, eds. (1988), III, pp. 824-826.
- SWIERENGA, R. P. (1982): «Theoretical perspectives on the new rural history: from environmentalism to modernization», *Agricultural History*, 56 (3), pp. 495-502.
- THORNER, D. ([1962] 1979): «La economía campesina como una categoría de la historia económica» en T. Shanin, ed. (1979), pp. 182-203.
- ([1968] 1974): «Campesinado», *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. Madrid, II, pp. 139-145.
- (1969): «Old and New Approaches to Peasant Economies», en C. R. Wharton, Jr., ed. (1969), pp. 94-99.
- TOLEDO, V. M. (1980): «La ecología del modo campesino de producción», *Antropología y Marxismo*, 3, pp. 35-55.
- VILAR, P. (1979): «Reflexiones sobre la noción de «economía campesina»», en G. Anes et al., eds., *La economía agraria en la historia de España. Propiedad, comercialización, explotación, rentas*. Madrid, pp. 351-386.
- VRIES, J. de (1982): «Poverty and Capitalism: Review Essay», *Theory and Society*, 12, pp. 245-255.
- WADE, R. (1978): «A 'return to labour'. Theory of peasant household organisation», *Sociologia Ruralis*, 18 (1), pp. 23-39.

- WEBER, M. ([1906] 1985): «Capitalismo y sociedad rural en Alemania», en *Idem.*, *Ensayos de sociología contemporánea*. Barcelona, II, pp. 133-162.
- WEEKS, J. (1970): «Uncertainty, Risk, and Wealth and Income Distribution in Peasant Agriculture», *Journal of Development Studies*, 7 (1), pp. 28-37.
- WHARTON, Jr., C. R. ed. (1969): *Subsistence Agriculture and Economic Development*. Chicago.
- WIBER, M. G. (1985): «Dynamics of the peasant household economy: labor recruitment and allocation in an upland Philippine community», *Journal of Anthropological Research*, 41 (4), pp. 427-441.
- WILLEMS, E. (1970): «Peasantry and City: Cultural Persistence and Change in Historical Perspective, a European Case», *American Anthropologist*, 72 (3), pp. 528-544.
- WOLF, E. (1955): «Types of Latin American Peasantry, a Preliminary Discussion», *American Anthropologist*, 57 (3), pp. 452-471.
- ([1966] 1971): *Los campesinos*. Barcelona.
- (1967): «Closed Corporate Peasant Communities in Mesoamerica and Central Java», en G. M. Potter, M. N. Díaz y G. M. Foster eds. (1967), pp. 230-246.
- (1983): «On Peasant Rent», en J. P. Mencher ed. (1983), pp. 48-59.
- WOOD, C. H. (1981): «Structural Changes and Household Strategies: A Conceptual Framework for the Study of Rural Migration», *Human Organization*, 40 (4), pp. 338-344.

RESUMEN

El presente artículo trata de realizar una convergencia teórica entre los enfoques de las distintas ciencias sociales con el propósito de construir una definición de campesinado y de economía campesina, que, a la vez, permita la aplicación de teorías económicas y sea de utilidad en los trabajos históricos. Para ello, se discuten los posibles términos sustitutivos y alternativas teóricas, y se intenta aunar la visión del campesinado como modo de vida rural de tradición geográfico-antropológica y la de la economía campesina como forma de producción familiar de raíz sociológico-económica, en torno a seis atributos de la «campesinidad», donde a los ya clásicos —aunque dotados de perspectivas más enriquecedoras— del familismo, la cohesión colectiva, la diferenciación interna y la subordinación, se añaden de forma novedosa los de la pluriactividad y la dependencia del mercado.

RÉSUMÉ

Le présent article s'efforce d'effectuer une convergence théorique entre la façon d'envisager le problème des différentes sciences sociales, afin de construire une défini-

tion de la notion de paysan et d'économie paysanne, ce définition permettant, à la fois, l'application des théories économiques et la réalisation de travaux historiques. Pour ce, il est soumis à débat les éventuels termes de substitution et les alternatives théoriques, dans un effort de rapprochement entre la vision du phénomène paysan comme mode de vie rural ayant une tradition géographique-anthropologique, et celle de l'économie paysanne comme forme de production familiale ayant une racine sociologique-économique, autor de six attributs de la «paysannité», où aux éléments déjà classiques — bien que doués de perspectives plus enrichissantes— du familisme, de la cohésion collective, de la différenciation interne et de la subordination, il est ajouté comme nouveauté ceux de l'activité diversifiée et de la dépendance du marché.

SUMMARY

The purpose of this article is to achieve a theoretical convergence between the approaches of different branches of social science with a view to arriving at a definition of peasantry and rural economics which, in turn, would allow economic theories to be applied and would be of use in historical work. For the purpose, the author discusses possible substitute terms as well as alternative theories and seeks to integrate the notion of peasantry as a rural way of life according to a territorial-anthropological tradition and that of the rural economy as a family form of production having sociological-economic roots, on the basis of six attributes of «peasantness» which include the classic ones —yet enriched with a new outlook— of familism, collective cohesion, internal differentiation and subordination, and the innovative attributes of pluriactivity and dependence on the marketplace.

